

DUBROVNIK UNA MAQUETA MEDIEVAL

NACIÓ SOBRE UNA ISLA TAN CERCANA A LA COSTA QUE CUANDO TUVO QUE CRECER CUBRIÓ EL CANAL QUE LA SEPARABA DEL CONTINENTE; DEFENSIVA, COMERCIAL, MEDITERRÁNEA Y ORIENTAL, SE EXTENDIÓ CON LA PRECISIÓN Y BELLEZA URBANÍSTICA DE LA CIUDAD GÓTICO-RENACENTISTA IDEAL

ENRIQUE DOMÍNGUEZ-UCETA





Detenida en el tiempo, Dubrovnik ha sobrevivido a catástrofes naturales y bombardeos con una enigmática armonía que alcanzó su cénit estético en el siglo XV, cuando se convirtió en la República de Ragusa y comenzó su edad de oro. Reportaje gráfico: Turismo Croacia.



Dubrovnik se cerraba al mar y a sus potenciales enemigos con una **arquitectura defensiva** que hacía infranqueables el puerto y la ciudad.

NO HAY NADA comparable a Dubrovnik. La pequeña ciudad de la costa de Croacia parece la representación de una ciudad ideal medieval conservada completa, como si se tratara de una maqueta hecha realidad. La belleza y la armonía entre las partes que la componen es el resultado feliz de la determinación de sus habitantes de crear una isla de riqueza y poder construida con inteligencia, ambición y sensibilidad.

Es un milagro que se haya mantenido casi intacta a pesar de los incendios, de un terremoto brutal en 1667, del fin de su independencia y su riqueza hace más de dos siglos, y de los bombardeos serbios de los años noventa del pasado siglo. Patrimonio de la Humanidad desde 1979, los daños en sus monumentos han sido reparados rápidamente para que la ciudad siga luciendo su pasado esplendor.

Dubrovnik es una obra de arte urbano completa y acabada. Nada de lo que contiene el recinto de la ciudad antigua es por completo arbitrario. Todo ha sido pensado, considerado y modificado teniendo presente el

conjunto de la ciudad. Y esta evolución urbana –semejante al cuidado de un jardín en el que se quitan las malas hierbas y se repara lo dañado, mejorando constantemente– es tan infrecuente que el resultado no admite comparación.

La ciudad nació sobre una isla tan cercana a la costa que, cuando tuvo que crecer, cubrió el canal que la separaba del continente. El recinto urbano se completó como un polígono irregular totalmente encerrado por una muralla que no llega a los 2 kilómetros de perímetro. Su espesor alcanza los 6 metros y consigue en algunos tramos los 25 metros de altura, con numerosas torres, y en principio sólo contaba con dos puertas accesibles desde tierra a través de sendos puentes levadizos.

El conjunto defensivo, con las torres Bokar y Minceta, las fortalezas de San Juan, San Lucas, Lovrjenac y el Fuerte Revelin, componen una obra maestra de la arquitectura militar, que protegía la ciudad y un puerto en el que atracaba una de las flotas comerciales más extensas del mundo, que lle-

gó a sumar más de dos centenares de navíos y a tener delegaciones en diversos puertos del Mediterráneo y del Atlántico. La eficacia de sus defensas fue absoluta, ya que desanimó a todos los enemigos, que jamás asediaron la ciudad.

RIVAL DE VENECIA

El poder de Dubrovnik se forjó en competencia con Venecia y, como aquella, fue una ciudad-estado asomada al Adriático que tuvo que utilizar la diplomacia, la astucia y la neutralidad para coexistir con las potencias mediterráneas, con Bizancio y el resto de Estados beligerantes en el Mare Nostrum. Al tratarse de una sociedad de pequeñas dimensiones, fueron muy exigentes con la organización social y comercial, y generaron una cultura de defensa del interés colectivo que dio forma a las instituciones, pero también a la ciudad y a sus edificios.

Tras la invasión de los eslavos a finales del siglo VI, éstos se mezclaron con la población local, y el islote de Ragusium empezó a fabricar sus propias

naves y a comerciar, adquiriendo importancia rápidamente. Tolerados por el Imperio bizantino, pronto se convirtieron en rivales de Venecia, que en 1204 ocupó Constantinopla y sometió a Dubrovnik, aunque no pudo impedir la eficacia de su actividad comercial, basada en el gobierno de una oligarquía muy unida que controlaba las instituciones bajo el mando de un rector, cuyo titular cambiaba cada mes, defendiendo con equidad el interés común. En el siglo XV se convirtió en República de Ragusa, y comenzó la llamada edad de oro, en la que comerciaba con Asia Menor, con el resto del Mediterráneo y del Atlántico, tenía delegaciones en los principales puertos, y dedicaba buena parte de sus recursos a la cultura y a las artes.

A esta época corresponden los mejores edificios de la ciudad, donde se mezcla el estilo gótico y renacentista, que encontró en la ciudad un valioso laboratorio. Un terremoto terrible destruyó en 1667 buena parte de los edificios, y abrió la puerta al estilo barroco, que supo entrelazarse con acierto con las antiguas edificaciones. Tras la reconstrucción de Dubrovnik comenzó el declive de la ciudad, que terminaría siendo ocupada por las tropas de Napoleón en 1806, perdiendo su autonomía y su riqueza. Desde entonces parece haber permanecido congelada en el tiempo, a pesar de las guerras mundiales, de su inte-

gración en la Yugoslavia de Tito y de los bombardeos serbios hace menos de dos décadas.

Todo lo que se ve y se pisa en Dubrovnik está hecho de piedra, menos las carnosas cubiertas de las casas con el rojo vivo de la teja árabe. Todo está concebido a la medida del ser humano: la escasa anchura de las calles y la abundancia de escaleras que impiden la circulación de vehículos en un casco íntegramente peatonal. La presencia de fuentes, la escasa altura de casas y monumentos hablan de una ciudad humanista, cómoda, estética, rica y amena para recorrer a pie. Una ciudad mediterránea por su estilo renacentista, pero también oriental por su aspereza exterior —mostrada en las defensas de piedra—, por la complejidad de los espacios urbanos y por los ricos interiores.

DOS MITADES

La ciudad aparece dividida en dos mitades por la recta y ancha calle principal, llamada indistintamente Placa o Stradun, que va desde la Puerta de Pile hasta la plaza Luža, en el otro extremo, ya sobre el puerto. Al sur queda la ciudad más antigua, llena de iglesias, placitas y calles en cuesta. Al norte de Placa se encuentra la ciudad más nueva, de rectas calles y escalinatas. Las partes más antiguas son del siglo X, pero toda la ciudad fue pensada, planificada y construida antes del siglo XIV. Aunque las fortificacio-



Las estrechas calles de piedra y la abundancia de escaleras en el casco antiguo humanizan la ciudad: el tráfico no tiene acceso, por lo que el centro se convierte en una gran zona peatonal.

nes se reformaron numerosas veces: las del lado de tierra en el siglo XV y en el XVII, las del frente marítimo.

Atravesar la Puerta de Pile es poner un pie en la Europa del Renacimiento. Sobre la entrada se encuentra la estatua de San Blas, patrono de Dubrovnik, y en la plaza Milicevic, a la que da acceso, se levanta una de las fuentes diseñadas por Onofrio de la Cava, el arquitecto napolitano que realizó el sistema de acometida de aguas a mediados del siglo XV. Un gran prisma poligonal sostiene una cúpula y en sus caras, dieciséis cabezas esculpidas ofrecen agua a la ciudad. En el lado norte de la plaza se ubica un convento franciscano desde 1317, en el que destaca un bello claustro, románico y gótico, de finas columnillas pareadas que es la única parte que sobrevivió al terremoto del siglo XVII. La farmacia del convento no ha dejado de funcionar desde el siglo XIV y el edificio conserva una valiosa colección de arte. El Convento de Santa Clara y la Iglesia de San Salvador completan una plaza de raro encanto.

SÍMBOLO DE LA LIBERTAD

Desde la plaza se extienden los 300 metros de la ancha calle principal, Placa, que discurren a través del casco antiguo, formando un elegante salón urbano orillado por sencillas fachadas barrocas. En su extremo oriental, la plaza de la Luža (de la Logia) acumula valiosos edificios que sugieren una escenografía teatral. En el centro se levanta la Columna de Rolando, símbolo de la libertad de Dubrovnik y mástil de su bandera blanca. Tras la columna se levanta la Torre del Reloj, cuya campana tocan dos personajes de bronce, llamados *zelenac*, y a sus pies, sigue arrojando agua la menor y más valiosa de las fuentes de Onofrio. Cada edificio de la plaza es armonioso con el resto, y se enlazan la Casa de la Guardia—en



Detalle del precioso trabajo en piedra de los capiteles y la arquería del Palacio del Gran Consejo, reconvertido hoy en el Ayuntamiento.

la que residía el almirante de la flota ragusana—, el Palacio Sponza con una delicada fachada de transición entre el Gótico y el Renacimiento, y el Palacio del Gran Consejo, convertido ahora en el Ayuntamiento. Lo más moderno en la plaza es la Iglesia barroca de San Blas, de estilo veneciano de principios del XVIII.

La parte inmediata al puerto acumula los edificios públicos. Al sur de la plaza de la Luža se encuentra el Palacio del Rector, hoy convertido en Museo de la Ciudad, y la catedral, un sobrio edificio de estilo barroco romano, construido sobre la antigua catedral románica que mandara levantar Ricardo Corazón de León a su re-



Cualquier rincón de la ciudad ofrece una nota de interés estético, especialmente en el tránsito del Gótico al Renacimiento.

greso de Tierra Santa. El templo guarda un rico patrimonio pictórico, con obras de Tiziano, Parmigianino y de pintores locales de los siglos XV y XVI. Además, en el Edificio del Tesoro (Riznica) se exponen valiosas reliquias y trabajos de orfebrería.

En el sur de la ciudad se abren rincones de gran variedad espacial, como la plaza de Ivan Gundulić, o la magnífica escalinata de la Iglesia jesuita de San Ignacio.

Al norte de la plaza de Luža se encuentran las calles que trepan escalonadas, cortadas por la calle transversal de Prijeko, paralela a Placa, que lleva a la

Puerta de Ploče y al imprescindible Convento de los Dominicos. Levantado en el siglo XIV, se integró en la muralla para contribuir a la defensa con su mole. A destacar su bello claustro (s. XV) y las pinturas de la llamada Escuela de Ragusa (ss. XV y XVI), supervivientes del terremoto y obra de los artistas de la ciudad. Entre ellas, obras maestras como los polípticos de Lovro Dobricević y los hermosos cuadros de Nikola Božidarević.

En la entrada a la fortaleza de Lovrjenac puede leerse (en latín): "No se debe vender la libertad ni por todo el oro del mundo". Era el lema de la república, pero la libertad exigía seguridad y obligaba a vivir encerrados en la ciudad fortificada. No es casualidad que se dedicara tanta atención a embellecer y agrandar el estrecho espacio en que habitaban. Dubrovnik es una brillante lección de urbanismo, en el que cada rincón está ricamente articulado, adaptado a su entorno y resuelto de forma armónica e ingeniosa. La arquitectura urbana, el puerto, las murallas y baluartes y el paseo junto al mar conforman tal variedad de puntos de vista "desnivelados" que no es exagerado afirmar que Dubrovnik es un gran mecanismo perceptivo creado por la ciudad para autointerpretarse. **7**